

hacia el estudio de la naturaleza sin pararse en los libros. Sainte-Beuve no ha visto esto, y, bien por mantenerse en su habitual equilibrio, bien por hacer alarde de su flexibilidad de inteligencia, decidióse al fin por Mad. Dacier. Sainte-Beuve se complace en ser hijo de sus tiempos, pero guarda sus ternezas para los antiguos. Cita al abate Tenasson, pero sin admirar en éste al gran geómetra que se adelantó á nuestro siglo doscientos cincuenta años.

Leamos lo que sigue:

«Tenasson—dice Sainte-Beuve—fué el que señaló que debía apreciarse esta querrela como un caso especial y como una consecuencia de la evolución operada por Descartes en el orden intelectual. Según él, Descartes ha conmovido el espíritu humano, sustituyendo la razón á la prevención. Esta prevención ya iba de capa caída en física y en otras materias científicas; pero aún subsiste en literatura. Home-

ro y Aristóteles son los dos grandes nombres, los dos ídolos que aún quedan en pié en el terreno de la retórica y de la poética; y de lo que se trata ahora es de arrojarlos de sus últimos baluartes. «El examen de las obras de bellas letras—nos dice Tenasson—ha de hacerse como las experiencias en física; y el mismo espíritu que dirige las experiencias de lo uno, deben emplearse en el examen de lo otro.» Ciertamente: aquí resulta Tenasson contemporáneo de Claudio Bernard. Y continúa: «Las ciencias naturales han prestado siempre su justicia á las bellas letras, como éstas han prestado su elegancia y adorno á las ciencias naturales; pero para hacer fecunda esta unión es precisamente necesario retraer las unas y las otras á un principio común, y este principio común no es otro que el espíritu de la filosofía.» No lo expresáramos con más claridad hoy mismo. El abate Tenasson es uno de los antepasados que yo saludo con

el mayor respeto. Sainte-Beuve, que, después de todo, se paga de rendir justo tributo á Tenasson, concluye al fin de esta manera tan fría: «Jamás—dice—se ha exprimido lo bastante la confianza moderna, marchando en toda materia adelante con la resolución é intrepidez con que lo hizo el abate Tenasson. En este litigio sobre Homero ha procurado mostrarse discípulo de Descartes y un precursor de Turgot, de Condorcet, de Augusto Comte y de Emerson; pero esto es revasar exageradamente los horizontes de Mad. Dacier.» ¡Qué reproche el de Sainte-Beuve! Le censura su falta de gusto de lo bello, y esto le basta y sobra para recusar al abate en materia literaria. Pero pudiera muy bien haber añadido: precisamente este sentimiento de lo bello es el punto filosófico de la querrela. Para mí los antiguos son tan sólo hechos históricos de manifestaciones intelectuales, producidas en condiciones dadas, y no tienen, por tanto, más

interés á mis ojos que las manifestaciones intelectuales de mi tiempo. Para Sainte-Beuve, en cambio, son los antiguos dogmas de fe en los que es forzoso creer; de aquí el abismo que nos separa. La consecuencia de todo lo expuesto, es que Sainte-Beuve hace resultar como consecuencia un juicio que estimo absolutamente erróneo. Se opone á la victoria de los modernos los propios defectos de Homero como eternal modelo, y luego añade: «El siglo xviii fué punible por haber perdido todo sentimiento homérico, perdiendo asimismo todo el espíritu de la grande y generosa poesia. En asunto de versos creyó tenerlo todo con poseer la *Henriada* y la *Doncella*, y tuvo que esperar hasta los tiempos de Bernardino de Saint-Pierre, Andrés Chénier y Chateaubriand, para recuperar en parte esa religion poética antigua que madame Dacier defendió valientemente en la postrimeria del siglo de Racine, Bossuet y Fenelon.» En mi sentir, esta



manera de enjuiciar de Sainte-Beuve carece de base por completo. Es graciosísimo eso de desconocer el trabajo todo del siglo xviii, á pretexto de que tal siglo no produjo un poema épico más que los siglos anteriores.

Pero aún resulta más inadmisibile ese juicio de Sainte-Beuve, si se tiene en cuenta que ese sentimiento homérico que se atribuye á Mad. Dacier, se ha engrandecido justamente, según mi criterio, al contacto de los primeros trabajos filosóficos y científicos del siglo xviii. Háblese, por ejemplo, á Lecomte de Lisle, último traductor de Homero, del sentimiento homérico de Mad. Dacier, y ciertamente se sonreirá. Si hoy mismo ha comenzado á conocerse el verdadero espíritu de Homero y de la antigüedad, es, gracias á la libre información de nuestra edad, á nuestra crítica científica: de suerte que podemos afirmar, sin temor á equivocarnos, que entendemos nosotros mejor hoy, y de una manera más cier-

ta, la antigüedad pagana, que la conocían al finalizar el siglo xvii. Bernardino de Saint-Pierre, Andrés Chénier y Chateaubriand son hijos legítimos del siglo xviii, á tal punto, que resultan radicalmente imposibles, al parecer, ante el grande movimiento que les ha producido. Así, pues, el triunfo de los modernos, con respecto á la época de Mad. Dacier, lejos de oscurecer las grandes figuras de los antiguos, consiste en haber señalado la evolución de entonces, produciendo un método para conocerlos mejor y poderlos colocar en su verdadero lugar. Es verdad que hemos cesado de mirarlos como modelos incomparables é imprescindibles: pero aun bajo este mismo punto de vista, compárese el sentimiento homérico de Mad. Dacier y el sentido homérico de Andrés Chénier, y se verá cuánta es la diferencia entre el espíritu de fe limitado que solamente imita, y el espíritu indagador que inspira. Entre ambos sistemas circu-

la la gran corriente fecunda del siglo xviii.

Vuelvo á insistir sobre el asunto, porque percibo en Sainte-Beuve marcadísima repugnancia á deducir una consecuencia del verdadero movimiento de los espíritus. Y sin embargo, gracias á su vasta erudición, poseyó todos los materiales precisos para señalar las grandes fases de nuestra historia literaria. Nada más interesante que el papel desempeñado por el siglo xviii, reconstruyéndose sobre las ruinas clásicas del siglo xvii, y preparando á nuestro siglo científico, con el golpe de Estado del romanticismo, que abrió la brecha, desembarazando de escombros el camino del naturalismo. Sainte-Beuve no ha querido ver esto; ha preferido condolerse por la ausencia en un poema épico, sueño quimérico de imposible realización en nuestro ciclo social; ha querido mejor adelantar este juicio: que el siglo xviii es responsable, en poesía, de no haber seguido á

Mad. Dacier, puesto que esa poesía es la que se debate en las últimas imitaciones de los clásicos, para llegar luego al grito liberticida del romanticismo. En último extremo, cada siglo hace su deber, y el siglo xviii ha sido harto notable y su labor importante en nuestra historia, para que nosotros, sus hijos, agradecidos, no le prestemos algún reconocimiento. Nada más limitado y estéril, á mi juicio, que el punto de vista en que se colocó Sainte-Beuve respecto á este asunto, tanto más, cuanto despreció materiales excelentes para poder explicarnos los orígenes de nuestra literatura moderna. No creo sea necesario multiplicar las pruebas para evidenciar por adelantado lo que acabo de decir. Señalaré, al efecto, no más que el artículo de Sainte-Beuve consagrado á M. Renan. Encuentra en este escritor un espíritu de su temple, espíritu erudito y agradable, sacrificándolo todo al gusto: así, lo loa sin restricciones, entusiasmándose ante



esa *Vida de Jesús* que combate los dogmas, pero haciendo una excepción á través de su idealismo. He aquí la filosofía de Sainte-Beuve y su arte: una negación, pero sin deducir conclusión alguna.

También hubiera podido hacer excelentes observaciones en su estudio sobre Teófilo Gautier, pero se contenta con hilvanar tres enormes artículos incoherentes, en los cuales no he podido encontrar una opinión determinada. El pasaje más sobresaliente es uno donde compara á Teófilo Gautier con Musset, admirándose de que el primero no haya tenido nunca la popularidad del segundo. Esta extrañeza es la que más me admira á mí en un crítico de su talento. El autor de *Esmaltes y Camafeos* no pudo ser tan popular, por la sencilla razón de que fué un puro artista, cuando debió ser un hombre para saber tocar los corazones, Todo el mundo ha dicho esto mismo, que es innegable. Pero Sainte-Beuve

ha preferido involucrar las cosas y ha insinuado que, si Musset entró sólo en el dominio del gran público, es porque éste, sin duda alguna, no admite más que un poeta cada vez. He aquí una opinión peregrina, y adviértase que esta razón no se apoya en ningún hecho probable, puesto que, al mismo tiempo que Musset, hemos tenido á Lamartine y Víctor Hugo.

Uno de los mejores retratos hechos por Sainte-Beuve en los artículos que acabo de leer, es el de Alfredo de Vigny; y sin embargo, es bastante mediano; pero quedará siempre porque es completísimo y justo en los grandes rasgos. Para terminar diré algo apropiado del estudio sobre Paul de Saint-Victor. Sainte-Beuve, que en el estudio de Teófilo Gautier, ha defendido eso que yo llamaría el *entortillement* (entortillamiento) crítico, es decir, la opinión disfrazada bajo el adorno de la frase, emite aquí una teoría: según él, la crítica, al juzgar un escri-

tor, debe necesariamente tomar el tino de su modelo. A mi juicio, esta teoría peregrina de Sainte-Beuve basta para hacer su juicio. Si se habla de un voluptuoso, será preciso tomar el tono voluptuoso: si de un poeta hay que ser poeta, y así sucesivamente. ¡Qué extraña manera de agradar! Yo creo que debe penetrarse hasta la medula del hombre, como suele decirse, pero cuando se le posee, es preciso mostrarle superior, para ya dominado, poder expresar, digámoslo así, sobre su historia, un juicio definitivo. Esto es en Sainte-Beuve un abuso de flexibilidad, un festín de comprensión llevado hasta la servil imitación. Yo prefiero más la severidad de lo verdadero.

Estoy, pues, al fin de los ejemplos que yo deseaba señalar; y, por tanto, voy á concluir.

## V

Pero antes de terminar, y para calmar un escrúpulo que me asalta, voy á mostrar cómo Sainte-Beuve tenía la intuición, al menos, del mundo moderno. A este fin me valdré de un estudio sobre Victor Laprade, que considero digno de ser leído. Muéstrase en él terrible, aunque rindiendo justicia al poeta. «M. de Laprade—dice—como la mayor parte de esos que se precian de metafísicos, se cuida mucho de las palabras, razona sobre frases especiosas y vagas. En todo le domina la preocupación de una falsa nobleza del hombre, que le esteriliza, le mutila, le lleva al vacío, al seno de la inmensidad de las cosas, y le doblega á reunirse con todas las fuerzas generosas, que sólo él posee verdaderamente.—¡Pero si esto



es que Laprade está por el ideal! y Laprade, V. mismo lo ha dicho, después de mucho tiempo; V. es un... ¿el qué?... pues V. es un realista.» Tildará Sainte-Beuve de realista es ir un poco lejos. El señala aquí perfectamente el gran papel que desempeña la psicología en el estudio analítico del hombre. Esto no es ya la concepción abstracta de la literatura clásica; esto es el modo de ser humano tomado en el gran cuadro de la naturaleza; esto es la información científica aplicada al estudio del mundo. El, que se presentó como adalid del gusto, revolviéndose contra los prosaismos de Balzac, reanima ahora en Laprade un idealismo inmaterial. «¡Cáspita! — exclama Sainte-Beuve. — ¡Váyanle á hablar de órganos á Laprade! ¿Acaso existen órganos para él? ¡Se pasa muy bien sin ellos!» Más adelante, él, Sainte-Beuve, el erudito refinado, el admirador de los clásicos, se arroja nada menos que á defender las ciencias. «Así, pues — escribe — Lapra-

de, ultraabogado de las bellas letras y adversario de las ciencias, dice: «La era de los verdaderos sabios terminó ya; desde hace mucho tiempo no se hace otra cosa que explicar á la industria los grandes descubrimientos del pasado.» — ¿Por qué la era de los sabios ha terminado? ¿De dónde saca él esto? Basta sólo con que mire á su alrededor.» En fin: lanzado por completo en esta pendiente, llega Sainte-Beuve hasta á profetizarnos la poesía del mañana en estas palabras: «En cuanto á la verdadera poesía, que no consiste sólo en la descripción de las formas, llegará un día á renacer de las maravillas de este mundo moderno, y llegará á acomodarse al objeto sin espíritu de aventura. Ella encontrará su alma y su talento hecho á su medida, prestándole giros nuevos, que es el secreto de la originalidad. Pero no incumbe á la crítica ni adivinarla ni proscribirla.» He aquí, pues, á Sainte-Beuve completamente con nosotros.

Si nos ceñimos á la crítica de esta época, le encontramos igualmente resuelto á decir la verdad, á juzgar los escritores con rigor verdaderamente científico. Encuentro en una de sus críticas, dirigida á Bersot, una página típica. «Yo no guardo ninguna animosidad contra nadie en mi corazón—dice—y aprecio á esos que, á pesar de todo, han sido mis maestros; mas he aquí que hace treinta y cinco ó más, que tengo delante á Villemain, gran talento, bello espíritu adornado y enriquecido de sentimientos generosos, liberales, filantrópicos, cristianos y civilizadores, etc., y el alma la más sórdida, la más mala y adolorada que existe. ¿Qué hacer en definitiva? ¿Cómo hacer por completo su retrato? ¿Los hombres de letras, los historiadores y moralistas predicadores no son acaso comediantes que desempeñan un papel exterior que en nada se relaciona con su manera de ser íntima? ¿Es preciso mirarlos sólo en la escena donde ellos re-

presentan? ¿O bien es permitido que siendo conocido el sujeto y después de bien esgrimido el escalpelo, descubrirlos cual ellos son é indicar sus defectos, mostrando el punto de sutura entre su talento y su alma, loando el uno, pero haciendo resaltar los defectos de la otra que á la corta ó á la larga se reflejan en el talento mismo?... Tal vez perderá con este proceder la literatura; pero la ciencia y la moral ganaría indudablemente. A eso vamos fatalmente. Desde que se penetra un poco á través de la sociedad como de la naturaleza, sólo guerras, luchas, destrucción y reconstrucción, es lo que se percibe. Esta lucreciana (1) manera de ser no es muy satisfactoria y agradable que digamos; pero una vez que uno se acostumbre á ella, resulta preferible con toda su tristeza, á la de rendir culto á los mentidos ídolos.» Esta última frase es profunda y va-

(1) De Lucrecia, la hija de Tarquino.



liente; ella contiene en sí toda la filosofía de la crítica científica. ¡Y qué sinceridad tan rara en Sainte-Beuve cuando dice «á eso vamos fatalmente!» El día en que Sainte-Beuve escribió esta página, se hizo digno de comprender á Balzac.

Ya puedo terminar, después de calmado mi escrupulo, rindiendo estricta justicia á Sainte-Beuve. Mi conclusión ahora, no será más que un resumen. Tenemos á Sainte-Beuve al principio saturado del estudio de los grandes clásicos, habiendo tocado algo la medicina, á horcajadas sobre la ciencia moderna; un deseo ardiente de la mujer en su juventud le arroja en medio de la avalancha romántica; se hace poeta, y uno de los poetas más enveados y pervertidos; un proyectado enlace amoroso le detiene un instante en el campo del romanticismo y le convierte al catolicismo ecléctico y escéptico que le lleva á esa duda afanosa, á esa curiosidad por sondar todas

las creencias. Pero se detiene á tiempo en esa excursión lírica. Desde que deja de ser enamorado, ve perfectamente la realidad de la vida y mide las exageraciones locas de los poetas de su tiempo. Luego, empujado por este sentido crítico que relampaguea en su redor, vuélvese airado contra aquéllos que un día fueron su admiración. Se le tilda de tráfuga, y esto no es verdaderamente justo, puesto que él no ha nacido romántico por temperamento; sólo ha cedido un momento á la fiebre del tiempo; pasada esta crisis, vuelve á su ser, á esa curiosidad, á ese amor por lo verdadero, que le doblega á ese equilibrio equidistante de los extremos, que le subyuga y le caracteriza. Por lo tanto, su excursión por el romanticismo no tiene una consecuencia decisiva; había él condensado en éste todas sus esperanzas de joven, y cuando vió caer sus ídolos, perdida toda esperanza, refúgiase en las edades clásicas lleno de amargura y amedrentado, al

propio tiempo, por las novedades que en adelante hanse de producir. Esta pena, esta repugnancia por lo desconocido, serán sólo combatidas por su grande inteligencia; bien que hasta el fin de su vida no llega nunca á aceptar el nuevo espíritu literario, aunque su temperamento le lleve á veces y á su pesar, á aplaudir con franqueza las producciones de este espíritu. Este va á ser Sainte-Beuve desde este momento. A las veces, irá muy lejos en sus escritos, poseerá principios excelentes, penetrará en el mundo moderno manifestándolo al azar en sus estudios y en algunos pasajes sobre cuestiones generales. Solamente se declararía en abierta hostilidad, cuando el método moderno sea aplicado por un espíritu vigoroso en la violencia fatal á toda reacción. Entonces, el femíneo que en él dormita se revolverá ante la menor investida, ante el exceso de vigor, ante la crudeza que le asusta y abruma. El no puede dispensar á nadie las

manifestaciones varoniles y vigorosas. Su inteligencia flexible, aunque de severidad excesiva, gravita siempre sobre la necesidad de la gracia; él preferiría al sutil, y el deseo del agrado le atormenta en holocausto á los desdeñosos amorosos que muchos cuentan ha sufrido. Su inextinguible emulación contra Balzac no reconoce otra causa, igual que su repulsa y admiración á la vez por Stendhal, y también sus restricciones en las obras de Flaubert y los hermanos Goncourt. Era su voluptuosidad que flajela á golpes de alfilerazo; no podía admitir de ningún modo esas entidades que se imponen á fuerza de puños; él no es de esa familia y jamás llegaría á comprenderlos.

He aquí el punto flaco de este espíritu tan amplio y relumbrante. El que tanto se pagó de saber gustarlo todo, de todo comprenderlo y penetrarlo, no ha sabido gustar, comprender ni penetrar á los grandes novelistas modernos, ni se percató de la influencia decisiva



que ellos tienen sobre el siglo. Causa extrañeza el sorprender el espíritu de sus artículos y ver cómo prodiga sus elogios á los escritores mediocres, á esos novelistas de tercer orden, mientras demuestra miedo y confusión contra la entereza de Balzac y la superioridad de Stendhal. Su destino era el de mostrar los hombres de segundo orden, designándoles á cada cual el sitio que les correspondía, sin meterse á decir lo que los del primero merecían. Así, pues, su crítica resulta decapitada, no presta ninguna luz y nada aclara para el porvenir; no señala la gran corriente del siglo, ni puede impedir en ningún punto la marcha por el gran camino por do se dirigen nuestros genios modernos. Su crítica resulta tan sólo una charla continua, cayendo sobre la literatura sin ton ni son; en fin, un conjunto de notas aisladas, sin ilación, pero llenas de interés, de documentos que á pesar de todo, siempre debemos consultar; pero donde no

hallaremos un juicio definitivo, puesto que la mayor parte de los pasajes están escritos bajo el imperio de la prevención, bajo la dictadura de su temperamento, á pesar de su último esfuerzo en pro de la sinceridad. Puede asegurarse que Sainte-Beuve ha puesto sobre el tapete todos los problemas de la crítica, pero sin llegar á resolver los más importantes por un defecto de su propia naturaleza, por miedo á lo enérgico y por una concepción clásica del gusto. La comprensión del genio moderno queda avasallada por esta última concepción clásica.

Para finalizar. Declaro que no he pretendido hacer aquí un estudio completo sobre Sainte-Beuve, sino ver de estudiar el papel por él desempeñado en la crítica moderna. Para completar el estudio de Sainte-Beuve, sería preciso meterse en el análisis de *Voluptuosidad*, esa novela suya tan complicada, de sentimientos tan quintaesenciados, que jamás he podido leer sin recordar el

extraño reproche de Sainte-Beuve dirigido á Balzac, tildando á éste de obsceno y dificultoso de entender. Queda igualmente por estudiar el poeta y el historiador de Port-Royal. Yo no he hecho más que indicar las diferentes maneras del crítico, porque en Sainte-Beuve hay dos críticos: el que se conmueve y asusta retrocediendo al pasado, y el que se expansiona y penetra á fondo en el análisis humano. Pero ya he dicho sobre el particular lo que debía: de otro apenas me concierne; es decir, del Sainte-Beuve político. El trató de sincerarse siempre por haberse ocupado de política y pretendía hacerse pasar por un escritor purificado. Sobre este punto puédesele estudiar frente á frente de los gobiernos que se sucedieron durante su existencia, y arrojará algún interés. Con la monarquía de Julio, muéstrase siempre malcontento y rehusa dos veces el ser condecorado por Luis Felipe, aunque ignoro las causas de esta repugnancia, pues no

se percibe ningún detalle que lo justifique en sus artículos. La revolución de 1848 le exaspera, acordándose sin duda de esa suma de cien francos que tomaron en su nombre, perteneciente á una lista de fondos secretos. La acusación resultó negativa; Sainte-Beuve se defiende violentamente, presenta su dimisión de bibliotecario y se retira á Bélgica. Al fin pareció encontrar en el Imperio el gobierno de su gusto; así lo declara él mismo á vuelta de circunloquios, diciendo que miraba al Imperio como necesario y útil. En 1852, el 23 de Agosto, al día siguiente del golpe de Estado, publicó un artículo titulado *Les Regrets*, que produjo gran sensación. El se condeue de los liberales de 1830, que después de haber conseguido el poder con Luis Felipe mediante una revolución, no admiten ahora que otros puedan sustituirles durante el Imperio. Hay en este artículo una página bellísima sobre la ambición del poder y sobre lo que él llama



«la enfermedad del poder perdido.» Pero, después de todo, muéstrase harto desdeñoso hacia la República, que titula un «intervalo anárquico.» Este espíritu de Sainte-Beuve, tan saturado de la antigüedad griega, no gusta ahora de la misma República ateniese. Sin duda que él siente por la forma monárquica no más que una afición de erudito, una terneza sólo de hombre de gabinete que tiene horror á toda revuelta callejera. La marcha triunfante de la democracia moderna es una de las causas que más le inquietaron; porque él pertenece, por temperamento, al siglo del gran rey, y ha soñado con ser un Boileau pensionado por la corte y dirigiendo las letras reinando á la par con Luis XIV. Sin embargo, puede afirmarse que el sillón del Senado, de que Napoleón III le hizo merced más tarde, fué una verdadera pensión de treinta mil francos, que él recibió. Y parece que lo disfrutó largo tiempo, pues M. Pons escribe

sobre el asunto lo que sigue: «El no podía sostenerse á pesar de los veinte ó veinticinco mil francos que ganaba con su pluma; pues los dispendios eran cada vez más crecientes, dispendios que le imponían el lujo de la esfera en que se agitaba y las relaciones de día en día más onerosas.» Sin duda que esta manera de vivir fastuosa se debió de hacer mucho más exigente, puesto que Sainte-Beuve se mostró más amoroso que nunca hasta el fin, por este Imperio saludado por él al nacer y que en realidad fué tan limitado y odioso en materia literaria. Cuando Sainte-Beuve escribió en su artículo *Les Regrets* «Yo estaré siempre agradecido á todo gobierno que me procure el orden, las garantías de la civilización y el libre desenvolvimiento de mis facultades para el trabajo, á un gobierno así, yo le saludaré y estaré pronto, por mi parte, á apoyarle...», los orleanistas podían muy bien haberle respondido que estaba en su papel saludando un nuevo

régimen, del cual podía ser bien atendido, en tanto que ellos sólo les quedaba el lamentarse de no haberle podido atender, por lo menos en los últimos tiempos.

Y véase, aun en esto, á Sainte-Beuve, en continua lucha, en un constante equilibrio. El que está por el poder absoluto y que después aclama la fuerza, el día en que se siente en el Senado es para producir una tempestad en defensa del librepensamiento. Ya le tenemos por entero: hombre del pasado en sus gustos de erudito, amando la paz y la ordenanza, vuélvese hombre del presente, apenas reacciona un momento su razón y su inteligencia, arrojándose sin trabas en reclamación de todas las conquistas del espíritu filosófico literario de nuestros días. En política desempeña el mismo papel que en su vida de crítico; él sueña con la dictadura de los espíritus en nombre del buen gusto y del orden, y en el momento mismo que vé amenazados

estos espíritus en sus libres manifestaciones, clama por libertarlos en nombre de las libertades modernas.

A la verdad, Sainte-Beuve no hizo gran papel en la política, y pasó casi desapercibido durante el segundo Imperio, que no le comprendió. Cuando pagó su tributo á la muerte, fueron solos los republicanos los que le hicieron unos funerales dignos de un príncipe de las letras.

## VI

Acabo de leer la *Nueva correspondencia*, de Sainte-Beuve. Este tomo no tiene muy vivo interés, si se exceptúan ciertos detalles íntimos, sobre todo en los primeros años, y la larga carta del príncipe Napoleón (dada como apéndice), que sólo tiene una



importancia política. Desde el punto de vista de la crítica, las cartas de Sainte-Beuve no añaden nada; son simples esquelas dando gracias, que llegan hasta el elogio, con algunas reservas para lo picante. El crítico no escribía sino cuando no quería hacer artículos.

Sin embargo, me congratulo de que se haya publicado la *Nueva correspondencia*, porque me permite reanudar el estudio que he consagrado á Sainte-Beuve. A propósito de este estudio, he recibido varias cartas y me ha chocado una objeción. Hacíanme notar que había sido injusto no reconociendo á Sainte-Beuve una actitud muy audaz en la crítica de su tiempo. He reflexionado; en efecto, creo que relativamente se atrevió á mucho, y que es preciso tenerlo en cuenta.

Cuando se estudia un escritor, lo difícil es colocarse en su lugar, en su medio, en las circunstancias é influencias que ha tenido que soportar. Siem-

pre se inclina uno, y yo sobre todo (lo confieso) á sustituir su personalidad á la del sujeto cuya disección se hace, á juzgarle en absoluto desde el punto de vista del tiempo actual. Por eso he podido asombrarme de las precauciones y los tiquis miquis con que Sainte-Beuve aderezaba la verdad. Sostengo que ciertamente había en ello, y mucho, cuestión de su temperamento; pero preciso es agregar que la época en que escribía y las gentes para quienes escribía, le impulsaban sobremanera á esas suertes de escamoteo. En el fondo, estad seguros de que se tenía por muy audaz, por el crítico más audaz de la época.

Y lo era realmente. Prueba de ello es, que todos sus contemporáneos le juzgaban así, porque á menudo los azoraba con apreciaciones que no se hubiesen permitido un Nisard ó un Villemain. Hay una prueba de esto muy curiosa. En mi estudio he hablado del artículo que consagró á *Mada-*

ma *Bovary*. En mi concepto, ese artículo es severo, injusto, casi me atrevería á decir que es ciego é ininteligible. En él no se indica ni aun comprende el considerable alcance de tal novela. Nada más estrecho ni más inquieto. Pues bien: cuando en 4 de Mayo de 1857 vió la luz ese artículo, pareció de los más incendiarios. La historia es chusca y merece consignarse.

Paulino Limayrac se tomó el trabajo de contestar á Sainte-Beuve, el 10 de Mayo, en *El Constitucional*. Exhalaba gritos de desesperación, el Imperio estaba perdido. Sainte-Beuve, que no era muy sufrido, escribió acerca de este asunto una nota en la cual aparece muy ofendido, y donde hace notar que ha sido uno de los afiliados al 2 de Diciembre. Hablando de sí mismo, dice: «Si en el orden de sus trabajos ha prestado cuantos servicios ha podido, ¿qué manera es esa de agradecersele, haciendo que le critique pública-

mente uno de los escritores que se inspiran en los ministerios del Interior y de Instrucción pública? ¿Es un mal proceder y un proceder torpe? ¿Tenemos tantos amigos entre los académicos y en la prensa?» Según se ve, la cuestión iba agriándose.

Pero lo que retengo, sobre todo, es el siguiente pasaje, donde, á pesar de su rebeldía, Sainte-Beuve parece excusarse por haber elogiado *Madama Bovary*. «M. de Sainte-Beuve ha cometido el grave delito de emitir una opinión literaria favorable, hasta cierto punto, acerca de un libro cuya dureza de tonos y crudeza sin atenuaciones ha desaprobado, por otra parte.» No me parece nada suave eso de «hasta cierto punto», ni eso otro de «dureza de tonos y crudeza sin atenuaciones». No importa; claro es que Sainte-Beuve era muy audaz, á despecho de todo, puesto que *El Constitucional* se enfadaba y el mundo en que vivía el crítico ponderaba lo escandaloso de su actitud. Así,



pues, hoy hacemos muy mal en recriminarle por su timidez, timidez que entonces consideraban casi como impudencia. Si le hubiesen dicho á Sainte-Beuve que le faltaban agallas, se hubiera quedado estupefacto y hubiera respondido: «Señor mío, mis agallas me indisponen con todos mis amigos y me hacen tratar como sospechoso por el Gobierno. ¿Querrá V. que me guillotinen?»

Acerca de las molestias de la crítica, encuentro precisamente una interesantísima confesión de Sainte-Beuve, en una carta que escribió á Julio Vallés. «Lo propio de todo crítico es no poder callar mucho tiempo las palabras que tiene en la punta de la lengua; eso le da comezón. De muy joven era yo así en un periódico, *El Globo*, por el año 1826-27; y hablaba con mayor franqueza y rigidez que después lo he hecho. Más tarde, mis vínculos y complicidad con los poetas románticos no me han permitido, durante largo tiem-

po, más que ser su paladín y abogado, pero no su crítico. Sin embargo, con muchas precauciones y por medio de componendas, he reconquistado poco á poco mi libertad, aunque no por entero en un principio; de ahí la acusación que por tanto tiempo ha pesado sobre mí de sobreentender las cosas más bien que decir las y soltarlas con claridad. Hacíanme sufrir estas dificultades, que dependían de la misma situación, de compromisos de amistad y de antecedentes con los cuales no era posible romper de pronto. Con los años he llegado á ser «yo mismo»; y trato de no dejarme neutralizar de nuevo por esos pobres diablos de compromisos y conveniencias, los cuales recomienzan sin cesar, y cuando uno se ha desembarazado de ellos por una parte, le enlazan en seguida por otra.

El trozo es largo, pero lo he citado íntegro porque, en resumen, explica la actitud ondulante y vaga que Sainte-Beuve guardó tan á menudo. Esas

pocas líneas debieran servir de prólogo á todas sus obras; explicarían muchos juicios y señalarían las diversas evoluciones del crítico. La verdad fué para él una querida, de la cual, por conveniencia, no ha hecho gala á menudo. Iba á verla á hurtadillas cuando podía. Siempre había allí gente, sus conocimientos, sus amigos; y respetos humanos le impedían confesar su amor. El mismo lo confiesa, le faltaba el valor, daba bordadas; empleó su vida entera en desatarse de las mentiras convencionales, y aun después de su victoria no estaba seguro de permanecer libre. Nada más triste.

Y es que se necesita verdadero valor para decir la verdad en todo y por todo. En primer término, se está seguro de ser acusado de brutalidad, de envidia y de orgullo. Pero lo peor es que hay que renunciar á toda compinchería, á toda relación social. Desde entonces ya no se es más que un oso, y se queda uno sin opción á las recom-

penas y á los cargos oficiales. Se cruza la existencia por en medio de enemigos y de combates, sin otra satisfacción, sino la de ser fuerte y la de decir la verdad. De cierto que esto es duro cuando gusta la sociedad, se tienen vanidades de literato y erudito, cuando se ambicionan los triunfos en las academias y en los salones. Es un derrumbadero, un oficio montaraz, que sólo puede convenir á un amante de la soledad, misántropo y trabajador, cuyos goces sean nada más que la producción literaria.

Sainte-Beuve se confiesa también en una carta que me escribió á consecuencia de una semblanza de él que hice en *El Figaro*. El pasaje me parece complemento del anterior, y lo transcribo:

«Conocí á Hugo antes de las *Orientales*. Había yo entrado de rondón como crítico en *El Globo*, dirigido por M. Du Bois, en 1826-27. Fui encargado de dar cuenta de las *Odas y baladas*, sin conocer al autor, sino de nombre. Hice



dos artículos. Con ese motivo vino á verme Victor Hugo para darme las gracias: éramos vecinos sin saberlo, en la calle de Vaugirard, á la segunda puerta (él vivía en el núm. 90, yo en el 94). Me encontré con su tarjeta, porque yo no estaba en casa. Al día siguiente fuí á devolverle la visita, y de aquí nació una rápida intimidad. Le confié versos que hasta entonces tenía guardados *in petto*, sintiendo que el medio de *El Globo* era más bien crítico que poético. En ese rincón eran muy tiesos; yo también lo era entonces. Por todo el oro del mundo no me hubiese hecho *presentar* á un poeta acerca de cuyas obras tuviera que emitir juicio. Esto es para decir á V. que desde ese momento había en mí el signo y el sello del crítico. Hubo algunos años de olvido y suspensión de esta facultad. En cuanto á lo que hubo en mí, después de Julio de 1830, de cruces en todas direcciones y de conflictos interiores (sansimonismo, Lamennais,

*El Nacional*, etc.), desafío á que nadie, excepto yo, los entienda y posea su clave; y hasta podría acontecer que si yo mismo quisiera recordarlo todo, matiz por matiz, tuviera que desistir de ello.»

Ya se ve que no era un cerebro sencillo, capaz de una convicción que hubiese de guiarle toda la vida. Conforme llevo dicho, puso su empeño en echar brotes en todas direcciones, en darse el gusto de ser una inteligencia flexible y comprensiva. Pero lo que echo de menos, sobre todo, es que no nos haya legado una «Historia del Romanticismo», ó por lo menos unas Memorias acerca de su vida literaria de 1827 á 1840. Sólo él podía decirnos la verdad verdadera acerca de aquella época, que se encuentra en estado de leyenda. A veces he hablado con supervivientes y les he visto sonreirse cuando les hablaba yo de las luchas románticas de 1830. Ignoraremos siempre los «secretos de bastidores» litera-

rios de esos tiempos, y es muy lastimoso.

Por ejemplo, he aquí una nota muy preciosa; se halla en una carta que Sainte-Beuve escribió á M. Luis Noël, antiguo discípulo de Víctor Hugo. «Creo que hubo un tiempo en que se forjó V. algunas ilusiones acerca de Hugo, y hoy se las hace V. también en sentido contrario. Ni antaño era tal como lo soñaba la amistad, ni es hoy como lo es. Cual ciertos injustos rumores quieren que sea. Pocas personas saben con exactitud esas cosas íntimas y verdaderas de los hombres célebres. Después de haber estado más que nadie bajo el imperio de la fascinación primera he llegado á saber toda la verdad acerca de este carácter; por eso me cuento entre el *cortísimo* número de los que saben con exactitud los hechos de su vida y las causas que le han conducido á donde está. Debo decir á V. que lo que tantas gentes vituperan en él en alto grado, es lo que le en-

cuentro menos vituperable. Su mayor defecto estriba en el orgullo inmenso y en el egoísmo infinito de una existencia que no conoce más que á ella misma; de ahí viene todo el mal. En cuanto á las otras debilidades, requieren indulgencia por cuanto sólo son debilidades.»

La carta es del 18 de Diciembre de 1835. Ciertas frases de ella son bastante oscuras. Pero, ¡cómo se comprende que Sainte-Beuve lo sabe todo! Y, lo repito, ¡qué «Historia del Romanticismo» hubiera podido legarnos!